

la renovación poética ecuatoriana no han predominado las vías elegidas por el resto del territorio de la lengua castellana, donde hizo fortuna la consigna del poeta chileno Enrique Lihn, que hace 25 años fijó pautas fáciles de reconocer en los últimos tiempos: «Si se ha de escribir correctamente poesía/ no estaría de más bajar un poco el tono», escribió Lihn en un poema. La introducción de la noción de lo correcto resultó fundamental y se impuso enseguida: desde hace mucho en todo el ámbito castellano lo incorrecto es el tono elevado, por su relación con formas de autoritarismo, con la concepción romántica del poeta iluminado (del tipo de Shelley) o del sabio metafísico (del tipo de Eliot); desde hace mucho la poesía en nuestra lengua subvierte el principio avalado por Aristóteles, para quien la dicción poética había de ser «perspicua, no humilde», como recuerda Quevedo, uno de los más influyentes poetas de la modernidad hispanoamericana. La correcta poesía humilde y de voz baja que se impone cada día más a lo largo y ancho del territorio de la lengua, se interesa por la comunicación y puede ser llamada también poesía civil, porque no desliga su ser, incluso su individualidad, del acontecer social y ciudadano, tendiendo a abolir toda subjetividad conflictiva, todo infierno, en suma, ahora proscrito, como en la sociedad misma.

Quizá nadando a contracorriente, la poesía ecuatoriana actual elude esos caminos de corrección y humildad y tal vez no sea ajeno a ello el aislamiento que sufre. En general evita lo perspicuo, la falsa iluminación y la abstrucción pseudometafísica, pero su feliz «incorrección» queda en evidencia en su libertad, en la no subordinación a las exigencias de precisión y claridad, tan propias de la racionalidad de las sociedades industriales (¡es en la industria donde todo tiene que ser exacto y estar en su lugar, a riesgo de que se desmorone y se confunda en el caos, nada rentable!), en su resistencia a dar siempre la voz al personaje «normal», que suele expresar de modo desvigorizado su romántica melancolía por la soledad y el paso del tiempo, su inane conformidad ante el destino colectivo.

La poesía ecuatoriana había vivido su gran momento entre los años 40 y 50, con la obra de Alfredo Gangotena (quien escribió toda su obra en francés, en los años 20, excepto un solo poemario, *Tempestad Secreta*, escrito en Quito en 1940), Jorge Carrera Andrade, César Dávila Andrade (que vivió los últimos 20 años de su vida en el exilio venezolano) y Gonzalo Escudero. La obra de estos cuatro grandes poetas habían de fijar un canon, una especie de horizonte que se convertiría

con los años en una suerte de límite: es en el interior, ese vasto y brillante espacio poético que se desarrolló toda la poesía posterior: la valiosísima obra de Efraín Jara Idrovo, la primera parte de la obra de Jorge Enrique Adoum, la obra de los poetas de Quito de los años 80 y 90 (Carvajal, Ponce, Pazos, etc.). Ese horizonte, repito, siendo un logro ha sido también un límite: el canon andino (ecuatoriano) ha sujetado fuertemente la poesía de todo el país, y consiguió relegar la obra diferente surgida entre los años años 60 y 70, prolongada en autores como Antonio Preciado (poesía de la negritud), Fernando Nieto Cadena (salsa y lenguaje popular), Euler Granda (antipoesía), Edgar Ramírez Estrada y Agustín Vulgarín intentaron en vano rebasar, tan férreamente se ha mantenido, si bien ninguno de ellos alcanzó el nivel de calidad de los cuatro Gangotena, Carrera, Dávila y Escudero, convertidos ya en nuestros clásicos, es decir en nuestras referencias y nuestros límites.

La narrativa experimentó un fenómeno distinto al de la poesía. Si bien los grandes escritores de los años 30 de Guayaquil (Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra, Alfredo Pareja Diezcanseco, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert) se impusieron de modo canónico, correspondió al modernísimo Pablo Palacio señalar desde su lejanía cronológica y mental (murió hundido en la locura) los caminos para la renovación emprendida en los años 70 y 80 por los escritores de la revista *La Bufanda del Sol*, de Quito, esto es, Iván Eguez, Abdón Ubidia, Raúl Pérez Torres, entre otros, que impulsaron una puesta al día de la narrativa conforme a los patrones puesto a circular por la gran novela latinoamericana llamada del *boom*, de Juan Rulfo a Juan Carlos Onetti, de Julio Cortázar a Ausguto Roa Bastos, pasando por Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. A esa nueva indagación estética impulsada desde Quito se sumaron tres grandes nombres de dentro del país y dos de fuera: los jóvenes Jorge Velasco Mackenzie, de Guayaquil, y Eiécer Cárdenas y Jorge Dávila Vázquez, de Cuenca; mientras, desde México, Miguel Donoso Pareja aportaba sus novelas influidas por el erotismo existencial de Bataille y desde París Jorge Enrique Adoum alcanzaba un gran éxito en 1976 con su «texto con personajes» *Entre Marx y una Mujer Desnuda*. Los años siguientes, los 80 y los 90, vieron la aparición, en algunos casos, o consolidación, en otros, de importantes nombres y obras: Javier Vásconez (quizá el escritor ecuatoriano con mayor proyección internacional, hoy por hoy), en Quito, sus magníficos cuentos y sus celebradas novelas, especialmente *El viajero de Praga*; Iván Eguez y Abdón Ubidia y sus novelas *El*

*poder del gran señor y Sueño de lobos*, respectivamente; Huilo Ruales y sus relatos y poemas llenos de intenciones subversivas, humorísticos y sardónicos; los cuentos de Francisco Proaño Arandi, Raúl Vallejo, Leonardo Valencia, Gilda Holts y Liliana Miraglia; y la mejor novela de Donoso Pareja, *Ahora empiezo a acordarme*.

La crítica literaria, que conoció en Benjamín Carrión un gran momento, ha tenido en esta segunda mitad del siglo XX un desarrollo lento pero esperanzador. Dos nombres deben destacarse con toda justicia: Hernán Rodríguez Castelo, uno de nuestros mayores humanistas e historiadores de la cultura, y Miguel Donoso Pareja. En los años sesenta, Rodríguez Castelo concibió y dirigió la histórica colección Clásicos Ariel de Literatura Ecuatoriana, en la que se llegaron a editar 100 volúmenes, todos seleccionados y prologados por él. Su más reciente trabajo está recogido en un cuantioso y erudito volumen sobre el siglo XVII. Por otra parte, a su regreso de México, donde estuvo radicado durante 18 años, Donoso Pareja activó el por entonces recientemente creado aparato editorial: varias colecciones aparecidas en los años 80, hitos de nuestra bibliografía y de nuestra crítica literaria, son de su inspiración directa. Numerosos trabajos recientes de Donoso Pareja sobre la narrativa contemporánea demuestran que además de novelista y poeta sigue siendo un crítico mordaz y vigilante, una especie de malhumorado samurái felizmente munido de espadas para salir al paso de casi todo lo que aparece en estos lares, si bien muestra su debilidad en la condescendencia con que acoge a sus alumnos de los talleres literarios que dirige en Guayaquil. Hay que mencionar también el trabajo crítico que cumplen en Cuenca María Augusta Vintimilla y otros docentes universitarios, la amplia y valiosísima empresa de la Universidad Andina de Quito, especialmente su *Historia de las literaturas de Ecuador*, así como el brillante trabajo crítico que realizan desde Estados Unidos los profesores Humberto Robles y Wilfrido Corral.

Puede afirmarse que la vida intelectual ecuatoriana se extiende ahora a todos los ámbitos del saber, en los linderos de las llamadas humanidades o ciencias humanas. El estudio de la filosofía, la lingüística, la historia económica y política, la sociología, la etnología, la arqueología, la antropología, la sociología y la lingüística han tenido, especialmente en Quito, un desarrollo continuo y en algunos casos, riguroso. Puede afirmarse que el panorama actual es de recuperación. Aunque han desaparecido las editoriales nacionales para dar paso a las

transnacionales de la edición; aunque el periódico *Hoy* ha perdido su rol articulador y promotor y la Casa de la Cultura no ha conseguido convertirse en lo que se esperaba, las manifestaciones del trabajo intelectual ecuatoriano no faltan y son alentadoras: la novela, el cuento y la poesía gozan de buena salud; hay excelentes revistas literarias, como *País Secreto* y *Kipus*; florecen los estudios de género; la antropología y la etnología muestran importantes trabajos; la Casa de la Cultura mantiene magníficas colecciones literarias; la Facultad Latinoamericana de Estudios Sociales –FLACSO–, la ya mencionada Universidad Andina Simón Bolívar, la Pontificia Universidad Católica de Quito, las Universidades Central y Católica de Cuenca y las Universidades Estatal y varias universidades privadas como Casa Grande de Guayaquil, recuperan el pulso del trabajo intelectual e investigativo; y, lo que acaso sea el síntoma más importante: en las principales ciudades nuevas generaciones de escritores e investigadores promueven y animan encuentros y debates: la sangre nueva está viva, corre y se multiplica.